

TOLERANCIA Y OSCE

LOS días 8 y 9 de la pasada semana han sido para Córdoba algo especiales. Durante los mismos se ha reunido en nuestra ciudad la III Conferencia sobre anti-semitismo compuesta de mandatarios y especialistas de más de cincuenta países, que han arrastrado hasta aquí a más de 250 periodistas y a unas mil asociaciones de todo el mundo. De algún modo, este acontecimiento, nos ha hecho sentir durante 48 horas como el epicentro mundial de las razones para la convivencia.



**DIEGO
MEDINA**

El ministro Moratinos, gran protagonista del evento, ha declarado que «hay que buscar medidas concretas de carácter obligatorio para acabar con la discriminación y acomodar

el hecho religioso a la sociedad»; añadiendo que «hay que ser valientes y estar a la altura de la Córdoba que hizo posible la convivencia. A la altura de Maimónides». Independientemente del sentido de tales palabras (si es que pretenden tener sentido, pues el discurso político, como sabemos, suele ser siempre insustancial) lo que parece que desconoce el ministro del exterior es que, precisamente, a la altura de la Córdoba de Maimónides no se disfrutaba en esta ciudad de mucha tolerancia que digamos. Y esto se lo ha tenido que recordar Víctor Harel —embajador de Israel en España— que ha matizado que en la Córdoba de Maimónides la tolerancia no existía.

Efectivamente, como muchos de ustedes sabrán —y parece descono-

cer el ministro— Maimonides fue un perseguido que tuvo la necesidad de huir de Córdoba en 1148 —cuando apenas contaba con 13 años— y, dos lustros más tarde, se vio obligado a abandonar definitivamente la Península. La razón no fue otra que el extremismo integrista y la intolerancia que contra judíos y cristianos supuso la invasión almohade. Las masacres se multiplicaron para así forzar las conversiones al Islam. Finalmente Maimonides falleció en Fustat (Egipto) en 1204 habiendo vivido casi toda su vida fuera de Córdoba. Algo similar ocurre con Averroes; tras la victoria almohade en Alarcos, sus enemigos lograron la ruptura de su gran amistad con el sultán Yaqub al Mansur y, en consecuencia, la condena de su filosofía y su destierro a Lucena; Averroes se trasladó posteriormente a Marraquech, donde vivió hasta su muerte. ¿Y qué decir de los centenares de mártires cordobeses que, en esa época, murieron bajo el yugo del integrismo islámico?, baste consultar el trabajo de Nieto Cumplido: «Islam y Cristianismo», en el volumen 2 de «Historia de Córdoba» —editada por el Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba en 1984—.

Así pues, efectivamente, no hay que perder del horizonte aquella Córdoba de las tres culturas; pero, sobre todo, para aprender de sus errores y para tratar de evitar que hoy, muchos siglos después, podamos, en patrocinio de cualquier forma de radicalismo —incluido el laicismo—, incurrir en tanta brutalidad. Así pues, ¡a predicar con el ejemplo!